

Luciano Tomassini

La economía mundial y América Latina:
reflexiones sobre el corto y el mediano
plazo

*"El futuro está claro, pero el presente
es imprevisible". PEDRO LASTRA.*

A partir de fines de los años sesenta el orden internacional de la postguerra inició una transformación profunda, tanto en la esfera política como en la económica, abriendo paso a un mundo caracterizado por el avance de la transnacionalización y el aumento de la interdependencia. Este proceso de transición, estimulado por la transformación de las economías y las sociedades de los países industrializados, dio lugar a numerosos desequilibrios y ajustes. Los últimos quince años, por consiguiente, se han caracterizado por una sucesión de crisis.

Durante ese período los países del Tercer Mundo desempeñaron un papel mucho más prominente que en el pasado. Debe recordarse que las crisis más importantes de esta etapa se escalonan entre el primer shock petrolero provocado por los países de la OPEP a fines de 1973 y el de la deuda externa de los países en desarrollo cuya explosión, a mediados de 1982, puso en peligro la estabilidad del sistema financiero internacional. A lo largo de ese período los países, tanto como consecuencia de la transición que se estaba verificando a nivel mundial como del estadio alcanzado por sus propios procesos de desarrollo, se integraron muy estrechamente en el sistema internacional. Este fenómeno representó un poderoso estímulo para el crecimiento económico de muchos de ellos, pero también incrementó agudamente su vulnerabilidad externa, enfrentándolos así con un complejo balance de riesgos y oportunidades.

La dependencia externa de la región aumentó considerablemente pero también adquirió nuevas modalidades. La crisis económica internacional golpeó sobre América Latina en forma mucho más severa que sobre otras regiones del mundo en desarrollo. A partir de fines de 1982 América Latina debió enfrentar su crisis más grave desde la gran depresión de los años treinta. Pero en contraste con aquella época, en que la región pudo paliar parcialmente los efectos de la crisis desvinculándose del ciclo externo, en esta oportunidad, debido al alto grado de integración internacional alcanzado en los años setenta, no le fue posible hacerlo. Por otra parte, mien-

tras que en los años treinta muchos países latinoamericanos debieron repudiar su deuda externa y reducir drásticamente sus exportaciones, en 1983 y sobre todo en 1984 varios países de la región (entre ellos los de mayor tamaño) lograron reprogramar su deuda en forma relativamente exitosa e incrementar —en algunos casos— su forma espectacular— sus exportaciones

En este breve análisis sobre las perspectivas económicas de América Latina hasta fines de los años ochenta, las consideraciones sobre la evolución de los países industrializados y la de los países latinoamericanos, así como también sobre el corto y el mediano plazo, están inextricablemente ligadas. Sin embargo, se estima que los factores vinculados a la evolución del mundo industrializado y las alternativas planteadas en el mediano plazo constituyen los elementos de juicio más importantes para anticipar u orientar la evolución de las economías latinoamericanas, y esta convicción se refleja en el análisis. Primeramente se examina la situación de los países industrializados y luego la de los países latinoamericanos. En ambos casos se avanza desde el largo hacia el corto plazo. Al final se formulan algunas consideraciones acerca del futuro.

1. *Evolución de los países industrializados*

Apartándose de las interpretaciones propuestas por la "sabiduría convencional", está aumentando el número de los que creen que no es posible comprender el comportamiento de la economía mundial a partir de variables puramente cíclicas, y que lo que el mundo está experimentando es una transición o crisis de carácter estructural provocada por la interacción de múltiples factores. Desde esta perspectiva no se trataría de corregir los desequilibrios generados por el actual modelo de desarrollo mediante políticas macroeconómicas adecuadas, sino de que las sociedades han dejado de desear "más de lo mismo" y están experimentando cambios en la estructura de la demanda, la producción y la organización social, por lo cual lo que surgiría al final de este período de transición es un nuevo modelo de crecimiento económico.

Desde fines de los años sesenta este proceso de transición fue favorecido por la nueva estructura del poder mundial. A partir de esa época la estructura de las relaciones internacionales, que durante la postguerra se caracterizaron por la férrea jerarquía impuesta por un orden básicamente bipolar y fuertemente influido por la guerra fría, comenzó a alterarse en forma significativa con la declinación relativa del poderío de los Estados Unidos; la flexibilización de la política de contención aplicada por éste frente a la Unión Soviética y la búsqueda de la distensión entre las dos superpotencias; el surgimiento de tensiones al interior del sistema trilateral y, muy particularmente, en el seno de la Alianza Atlántica; las difi-

cultades experimentadas por la Unión Soviética para mantener la cohesión y la homogeneidad entre los países pertenecientes a su esfera de influencia, y por el ingreso de los países del Tercer Mundo a la palestra mundial, como consecuencia de su multiplicación, así como también del creciente grado de desarrollo y de proyección externa alcanzado por algunos de ellos. Pero quizás el factor de cambio más poderoso en el plano de las relaciones internacionales radique en la creciente gravitación que comenzaron a adquirir los factores económicos, tecnológicos y sociales en la percepción de los intereses que están en juego en esas relaciones y en la legitimación de los actores involucrados en ellas.

Se transita así desde un mundo dominado por consideraciones de seguridad estratégica y por la confrontación entre las dos superpotencias hacia otro caracterizado por un mayor grado de fluidez internacional y por una atmósfera favorable a la prosecución de una gama más amplia de intereses en las relaciones entre las naciones. Contribuyó a esta tendencia la creciente complejidad y dispersión que en la actualidad presentan los conflictos militares. Este proceso también fue estimulado por el surgimiento de problemas globales —como la estanflación, el medio ambiente, la energía o la crisis financiera internacional— de cuya solución depende el bienestar de sectores cada vez más amplios de las distintas sociedades nacionales. La transformación que experimentan estas últimas como consecuencia de veinte años de crecimiento económico, aumento del bienestar y fortalecimiento de la participación democrática, se traduce en el continuo incremento y diversificación de las aspiraciones sociales y en la consiguiente proliferación de los intereses cuya satisfacción depende del juego internacional.

En los últimos años esta tendencia hacia la multipolaridad se ha visto cuestionada por señales que apuntan a una reconcentración de la iniciativa política y el poder económico, particularmente en los Estados Unidos. De acuerdo con estos signos, estaríamos asistiendo a los exitosos resultados de un proyecto impulsado por la actual administración norteamericana para restablecer la hegemonía de ese país en el mundo mediante la aplicación de políticas orientadas a devolverle su pujanza económica y programas encaminados a fortalecer su aparato militar. Desde una perspectiva de más largo plazo que, además, tome en cuenta los intereses del resto del mundo, estas señales no permiten llegar a una conclusión tan clara. La visión triunfalista acerca del proyecto norteamericano está excesivamente influida por elementos coyunturales y subestima la fuerza de las tendencias que estaban provocando la transformación del sistema internacional de la postguerra y los costos que aquel proyecto implicaría para los Estados Unidos y sus principales aliados, sin mencionar a los países en desarrollo.

Estos cambios en la política mundial han ido acompañados de

profundas transformaciones en las economías de los países desarrollados.

El incremento de la competencia entre ellos y los avances del conocimiento que tuvieron lugar durante el prolongado período de auge de postguerra determinaron el surgimiento de nuevas tecnologías y una profunda transformación en la estructura industrial de esos países. Declinan la productividad y la importancia de los sectores en que tradicionalmente se basó el crecimiento de las modernas economías industriales, como la siderurgia, la industria automotriz, la de electrodomésticos y la fabricación de barcos y equipos de transporte, mientras que otras actividades comienzan a liderar el proceso productivo: la microelectrónica, la informática, las comunicaciones, la automatización de los procesos productivos, la biotecnología y la ingeniería genética, la fabricación de nuevos materiales resistentes más livianos y los procedimientos ahorradores de energía. Las nuevas tecnologías producen otras transformaciones: aumentan el volumen de recursos humanos, financieros y físicos necesarios para el desarrollo de nuevas producciones; acortan el ciclo del producto; modifican la estructura de las empresas, favoreciendo su integración vertical o el desarrollo de empresas pequeñas de alta tecnología, e incrementan la interdependencia entre distintas ramas industriales o entre éstas y los servicios tecnológicos, de comercialización y financieros. Todos estos cambios acarrearán grandes transformaciones en el esquema tradicional de ventajas comparativas y en la competitividad de los distintos países. Aunque en general éstas tienden a disminuir la utilización de mano de obra y recursos naturales en desmedro de los países del Tercer Mundo, y favorecen la diferenciación entre los países que se encuentran en un rápido proceso de industrialización y los menos desarrollados dentro de estos últimos, no hay duda de que los países en desarrollo deberán buscar nuevas formas de inserción internacional que tomen cuidadosamente en cuenta estas transformaciones.

Las modificaciones experimentadas en la productividad de las distintas actividades económicas y en la competitividad de los diversos países y sectores, y la recesión que acompañó a estas transformaciones, alteraron también las pautas a que se había sujeto el comercio internacional en la postguerra. Surgen nuevas y más insidiosas formas de proteccionismo. Los principios del multilateralismo y el libre comercio van siendo reemplazados por entendimientos bilaterales y por diversas formas de comercio administrado. Los países en desarrollo relativamente más avanzados, habiéndose convertido en *competidores importantes para los países industriales*, sufren con especial severidad el impacto de estas reacciones. Una práctica que afecta particularmente a esos países es la de la graduación, según la cual aquellos que hayan alcanzado un determinado nivel de desarrollo son excluidos total o parcialmente de los regí-

menes preferenciales establecidos para los países en desarrollo. Dichas modalidades han perjudicado especialmente a América Latina.

Estas transformaciones explican también las turbulencias registradas en el campo financiero. El pasado decenio se caracterizó por un extraordinario aumento de la liquidez financiera internacional y del endeudamiento externo de los gobiernos y de las empresas, endeudamiento que alcanzó dimensiones críticas en el caso de los países en desarrollo, con serias consecuencias para la estabilidad del sistema financiero internacional. Tres factores destacan entre los que condujeron a esta situación. El primero se vincula con el impacto de las dos grandes alzas de los precios del petróleo y la consiguiente acumulación de excedentes financieros en manos de los países de la OPEP. El segundo se refiere a la aplicación, por parte de los países industrializados, de políticas reactivadoras y expansivas para enfrentar un contexto recesivo. El tercero apunta al surgimiento de un pujante mercado de euromonedas y al papel desempeñado por la banca privada internacional en el reciclaje de esos recursos: durante el período de permisividad financiera internacional señalado más arriba, los bancos compitieron por colocar sus excedentes y flexibilizaron sus criterios de solvencia financiera, tornando elegibles a clientes que antes no lo eran, principalmente en el caso de los países en desarrollo relativamente más avanzados. Cuando sobrevino la crisis iniciada a fines de 1982, los bancos contrajeron drásticamente los créditos, con un importante efecto procíclico.

Conviene concluir este examen de la evolución de la economía mundial a mediano plazo con tres observaciones fundamentales. La primera se refiere a que la tendencia hacia una creciente interdependencia económica registrada desde fines de los años sesenta se frenó a partir de la última crisis, durante la cual los países desarrollados perdieron considerablemente interés en coordinar sus políticas económicas y se redujo el efecto de difusión de las tendencias registradas en un determinado contexto nacional hacia las demás economías. La segunda se relaciona con la influencia que ha tenido el diferente grado de flexibilidad que presentan las distintas economías nacionales sobre su capacidad para enfrentar la crisis, con los Estados Unidos y el Japón en el extremo más flexible del espectro y Europa más peligrosamente cercana a la esclerosis. La tercera, muy vinculada a la anterior, tiene que ver con el papel central que nuevamente ha asumido la economía de los Estados Unidos en la evolución económica mundial. Hoy se considera que esta última no depende tanto de la coordinación entre las políticas económicas de los distintos países como de la aplicación de políticas macroeconómicas adecuadas por parte de los países claves y de los resultados alcanzados. La aplicación de una política fiscal relajada y de una política monetaria estricta por parte de la Administración

de Reagan, con el consiguiente aumento de la tasa de interés y de la paridad del dólar y el mantenimiento de fuertes déficit en el presupuesto y la balanza comercial, ha sido favorable para los Estados Unidos —al menos en el corto plazo— pero ruinoso para sus aliados y para los países en desarrollo. Esto nos lleva a centrarnos en la actual situación económica mundial, particularmente en la economía de los Estados Unidos y en sus perspectivas a corto y mediano plazo.

“Durante los últimos cuatro años —escribe J. E. Garten en la edición de *Foreign Affairs* titulada *America and the World 1984*— la política económica exterior de los Estados Unidos se apartó de su camino tradicional. Las primeras administraciones de postguerra practicaron un liderazgo mundial de tipo unilateral, porque no había nadie que pudiera ayudar. En tanto que Europa y Japón adquirirían mayor fortaleza económica, los últimos Presidentes se concentraron en la manera de compartir el manejo de la economía mundial. Pero el Presidente Reagan y su equipo parecen haber estado mucho menos interesados en la política económica internacional. Sobre todo, ellos estaban preocupados de los acontecimientos domésticos. Sus ideas discurrían así. Hay que poner en marcha los motores del crecimiento interno liberalizando el funcionamiento de la empresa privada. En la medida en que la “magia del mercado” funcionara en los Estados Unidos, podría funcionar también en otras naciones... Durante su primera Administración hubo algunos logros notables. Éstos incluyeron la vibrante recuperación de los Estados Unidos, que impulsó el crecimiento mundial; el control de la crisis creada por el endeudamiento de América Latina, que amenazaba con convertirse en una calamidad bancaria global, y la promoción a nivel mundial de una nueva actitud de respeto frente a las políticas orientadas hacia el mercado. Sin embargo, esa política también tuvo fallas importantes. De hecho, la política económica exterior de los Estados Unidos mostró poca consideración por el impacto de la política fiscal y monetaria norteamericana sobre el resto del mundo. Lo que es más, dicha política ignoró la erosión que estaba experimentando la posición competitiva norteamericana en el mercado internacional”.

En efecto, la recuperación económica de los Estados Unidos plantea varias interrogantes: ¿por qué, a pesar del papel central de la economía norteamericana no se transmitió a los demás países industrializados? ¿Hasta qué punto los efectos de las políticas monetaria y fiscal de los Estados Unidos continuarán siendo tolerables para el resto de los países desarrollados y para el Tercer Mundo? Y sobre todo ¿qué posibilidades de mantenerse tiene la recuperación norteamericana?

De las diversas recesiones experimentadas por la economía de los Estados Unidos desde la postguerra, la de 1973 a 1975 y de 1981 a

1982 fueron las más severas. Esta última, que coincidió con el comienzo de la primera administración del Presidente Reagan, se tradujo en la contracción de la producción industrial en más de 12 por ciento y en un desempleo que llegó a casi 11 por ciento de la fuerza de trabajo.

Son muchos los que creen que la recuperación de la economía norteamericana iniciada a fines de 1983, y que hoy día probablemente esté en vías de paralización, se debe a las políticas agrupadas bajo el concepto de "reaganomics". Estas consistieron fundamentalmente en reducir los impuestos, manteniendo una política monetaria muy estricta, que se tradujo en altas tasas de interés, e incrementando sustancialmente los gastos militares a cambio de severas limitaciones en el gasto social. Sus logros iniciales fueron por cierto muy impresionantes, pero la posibilidad de que éstos se mantengan son dudosas. Según el *Economic Outlook* publicado por la OCDE en diciembre de 1984, el crecimiento "parece haber bajado de una tasa anual de $8\frac{1}{4}$ por ciento en la primera mitad de 1984 a menos de 4 por ciento en el segundo", y las predicciones para 1985 y 1986 son aún más bajas.

Estas cifras vienen a confirmar numerosas predicciones anteriores. Ya en julio del año pasado *The Economist*, de Londres, advertía que "la mayor amenaza para la economía mundial es una recesión resultante de las políticas de encarecimiento del dinero que podría iniciarse en los próximos doce meses" ("A 1985 World Recession", en la edición de 14 de julio de 1984). Poco más tarde, el influente columnista Leonard Silk escribía: "El tremendo déficit presupuestal puede amenazar y paralizar a la política fiscal después de las elecciones, independientemente de sus resultados... Un déficit de esta magnitud frenaría cualquier acción fiscal tendiente a combatir la recesión mediante el aumento del gasto o el recorte de los impuestos... Una recesión norteamericana profunda tendría implicaciones internacionales muy peligrosas. Determinaría una contracción de la inversión extranjera en los Estados Unidos, como consecuencia de la declinación de las ganancias y la baja del tipo de cambio del dólar. Esto, a su vez, provocaría la escasez de los fondos necesarios para financiar tanto los déficit presupuestal y comercial norteamericanos, como la inversión privada en nuevas capacidades productivas. La disminución del ingreso de capitales externos empujaría la tasa real de interés hacia arriba. Si bien la baja del dólar permitiría disminuir el déficit comercial, que está llegando ahora a la suma anual sin precedentes de 130 mil millones de dólares, causaría al mismo tiempo una contracción de las exportaciones norteamericanas y agravaría los problemas de los países en desarrollo más fuertemente endeudados, debilitando al final de cuenta la posición de los bancos norteamericanos" (*The New York Times*, 2 de noviembre de 1984).

Desde el ángulo de América Latina las perspectivas de la economía norteamericana —y mundial— no se ven menos sombrías. En esta región del mundo se extiende la convicción de que los costos de las políticas de Reagan han sido mayores que sus beneficios. Su resultado ha sido la creación de unos déficit presupuestarios y de comercio exterior de magnitud casi inmanejable, incluso en el mediano plazo. La política de encarecimiento del dinero desvió el ahorro nacional desde las actividades productivas hacia las financieras de tipo especulativo, y los Estados Unidos se convirtió en el deudor más grande del mundo, estimándose que su deuda externa alcanza los 800 mil millones de dólares y la interna a 1.300 mil millones de dólares. De esta manera, las políticas monetarias y financieras de los Estados Unidos debilitaron gravemente el sistema financiero internacional, convirtiendo a sus aliados industrializados de Europa en sus grandes acreedores y al Tercer Mundo —especialmente a América Latina— en deudores próximos a la bancarrota. Al mismo tiempo, la política internacional de Reagan erosionó las prácticas basadas en la cooperación entre los países industrializados y en la coordinación de sus políticas, que se habían ido consolidando durante los años anteriores, mientras que la acumulación de armamentos nucleares y convencionales contribuyó a deteriorar en forma alarmante la seguridad internacional.

La evolución de las economías latinoamericanas depende sustancialmente de las perspectivas de la economía mundial y ésta, a su vez, depende del comportamiento de la economía norteamericana. Por eso hasta ahora el análisis se ha centrado en esta última. Pero a estas alturas conviene extraer algunos corolarios para América Latina. El primero se refiere a la falta de credibilidad de los enfoques neoliberales u ortodoxos que hacen depender la recuperación económica de América Latina fundamentalmente del papel locomotivo que podría desempeñar la economía de los Estados Unidos. El segundo tiende a poner en tela de juicio las políticas que confían el manejo de la deuda externa de los países latinoamericanos a arreglos convencionales con la banca acreedora y al normal funcionamiento de los mercados financieros internacionales (que en el fondo son un reflejo de las políticas o intervenciones emprendidas por los Estados Unidos), y apuntan a la necesidad de que en su manejo intervengan todas las partes interesadas, lo que implica que asuman su responsabilidad los gobiernos de los países industrializados y que los organismos financieros internacionales desempeñen un papel diferente y más positivo que en el pasado. El tercero subraya la conveniencia de que las políticas económicas de los países latinoamericanos dejen de centrarse casi exclusivamente en consideraciones financieras de corto plazo y elaboren a la brevedad posible una propuesta de desarrollo a mediano y largo plazo, que incluya un esfuerzo de industrialización menos vulnerable y más di-

námico y una inserción selectiva pero más vigorosa en la economía internacional, con miras a incrementar la sustentabilidad de sus procesos de desarrollo y a incrementar sustancialmente sus exportaciones.

2. *La reacción de las economías latinoamericanas*

La crisis financiera que vive actualmente América Latina tiene sus antecedentes inmediatos en el impacto combinado del agudo deterioro que experimentaron los términos del intercambio y del alza sin precedentes que registraron las tasas de interés desde fines de los años setenta, en un contexto económico internacional marcadamente recesivo. Este impacto afectó la capacidad de la mayoría de los países latinoamericanos para continuar sirviendo su abultada y creciente deuda externa lo cual llevó, por una parte, a una brusca contracción del ingreso de capitales externos y, por la otra, a la aplicación de políticas de ajuste violentamente recesivas —que reflejaban las recomendaciones del Fondo Monetario Internacional y los intereses de la Banca Acreedora.

Pero esta situación representaba, al mismo tiempo, la expresión coyuntural de una crisis estructural cuyos antecedentes más lejanos ya estaban implícitos en el modelo de desarrollo que prevaleció en la mayor parte de los países de la región durante los últimos decenios. El hecho de que esta crisis haya logrado ser exitosamente postergada a lo largo del decenio pasado, incluso dentro de un contexto externo turbulento y adverso, se debió a los favorables efectos que tuvieron sobre la región la extraordinaria expansión registrada por el comercio mundial y el ingreso de volúmenes sin precedentes de recursos financieros externos.

Es conveniente recordar que el elevado grado de endeudamiento externo alcanzado por los países latinoamericanos se debió principalmente a tres fenómenos que no se podrían dejar de mencionar en una visión de largo plazo: la tendencia al agotamiento del patrón de industrialización prevaleciente durante la postguerra, que comenzó a advertirse hacia fines de la década de los años sesenta; la crisis del petróleo de 1973 y la sustancial elevación que sufrieron los precios de este producto energético, y la súbita y descomunal expansión de los mercados financieros privados internacionales (que habían desaparecido por completo después de la crisis de los años treinta), los que fueron utilizados como mecanismos de reciclaje de los petrodólares.

Este último fenómeno creó una gran permisividad financiera internacional durante el decenio de los años setenta, en contraste con la aguda escasez de recursos externos que caracterizó los decenios anteriores, situación de la cual se aprovecharon muy activamente los países latinoamericanos. La sustancial expansión del financia-

miento privado internacional permitió a esos países durante el pasado decenio paliar, al menos en forma temporal, no sólo las restricciones provenientes de la crisis energética sino también aquellas planteadas por los desequilibrios estructurales en que desembocó el modelo de crecimiento de postguerra.

Una de las características centrales de las políticas de desarrollo basadas en la sustitución de importaciones radica en que, contrariamente a lo que se esperaba, conforme avanza el proceso de industrialización se agrava la restricción externa que enfrentan las economías respectivas. Este paradójal resultado obedece a que la industrialización sustitutiva tiende a orientarse hacia el consumo imitativo, con la consiguiente preferencia de su base energética por el petróleo, un considerable retraso de las industrias de bienes de capital y de insumos industriales y un escaso dinamismo tecnológico, lo que reduce la posibilidad de expandir las exportaciones de manufacturas.

Por una parte, si bien este tipo de industrialización permitió reducir el coeficiente de importaciones, también alteró su composición, concentrándolas en los bienes de capital necesarios para ampliar la capacidad productiva, las materias primas y los productos intermedios requeridos para asegurar un nivel normal de actividad económica e incluso, con frecuencia, en los alimentos básicos necesarios para mantener el consumo popular. En otras palabras, las importaciones se concentraron en bienes esenciales, con la consiguiente eliminación de su margen comprimible. De este modo, frente a cualquier restricción externa adicional, las únicas alternativas pasaron a ser la contracción de las importaciones esenciales y de la actividad económica o un mayor endeudamiento externo. Por la otra, y en gran medida como consecuencia de lo anterior, gradualmente los países fueron comprendiendo que la principal salida a esta situación se encontraba en el aumento y diversificación de sus exportaciones. En la medida en que la importación de bienes de capital representaba una proporción creciente de sus importaciones globales, las actividades de exportación pasaron a ser, de hecho, las proveedoras de bienes de capital. La expansión de las exportaciones —fueren agrícolas, pesqueras, mineras o manufactureras— pasaron a ser, en consecuencia, el equivalente a una ampliación de la capacidad real de ahorro y de inversión, base esencial del desarrollo. El estancamiento de las exportaciones hacía necesario, en cambio, apelar a nuevos flujos de capitales externos para mantener el ritmo de crecimiento. La opción de los países latinoamericanos durante los años setenta fue el endeudamiento externo. Esta opción se vio favorecida por la acumulación de excedentes financieros en manos de los países de la OPEP y por el renacimiento de los mercados financieros internacionales —como se ha señalado más arriba. Los mecanismos a través de los cuales se llegó a esta situación y las con-

diciones en que se contrató la deuda, con todas las consecuencias que están sufriendo hoy día los países, son bien conocidos. También lo son los rasgos centrales de las reprogramaciones efectuadas hasta ahora por los principales países deudores y las características de las políticas de ajuste que éstos han puesto en práctica como condición para obtenerlas. Lo que en esta oportunidad interesaba destacar, fundamentalmente, es la vinculación entre la actual situación financiera de América Latina y las limitaciones inherentes al modelo de desarrollo prevaleciente en la región durante los últimos decenios¹.

Pero las limitaciones inherentes al modelo de desarrollo prevaleciente en América Latina no nos deben hacer olvidar la magnitud de la transformación que, pese a ellas, experimentaron los países de la región con posterioridad a la Segunda Guerra. En efecto, a lo largo de ese período, los países latinoamericanos alcanzaron logros importantes y acumularon una rica experiencia en la prosecución de sus procesos nacionales de desarrollo. Para apreciar la magnitud de la transformación experimentada por la región, basta señalar que en el curso de los tres decenios posteriores a 1950 el producto global de América Latina se quintuplicó en términos reales en tanto que el de la industria manufacturera se sextuplicó con creces. Al mismo tiempo, y particularmente a lo largo del decenio pasado, se registró un avance considerable y una importante diversificación en las actividades agrícolas, se ampliaron y modernizaron las actividades financieras y se integraron más estrechamente los distintos sectores de la economía. Durante ese período se elevó gradualmente, pero en forma continua, el coeficiente de inversión y se hizo un gran esfuerzo por incorporar nuevas tecnologías. En el plano social, mejoraron marcadamente tanto el nivel educativo como la calificación de la fuerza de trabajo. Todo ello fortaleció considerablemente la capacidad exportadora de la región.

A pesar de las limitaciones del modelo, que contribuyeron a magnificar el impacto de la crisis que en forma recurrente ha venido golpeando a América Latina en los últimos diez años, ésta estaba mejor preparada para enfrentarlos que en el pasado².

¹Entre otros trabajos en que se analizan estos temas, en que le tocó participar al autor en mayor o menor medida, cabe mencionar el libro titulado "Politics and Economics of External Debt Crisis: the Latin American Experience", editado por Miguel S. Wionczek y Luciano Tomassini, Westview Press, marzo de 1985; Políticas de Ajuste y Renegociación de la Deuda Externa, documento preparado por la CEPAL en febrero de 1984, y El Escenario Internacional y la Deuda Externa de América Latina, por L. Tomassini, en Revista de la CEPAL N° 24, diciembre de 1984.

²Para fundamentar esta aseveración, que aquí queda apenas esbozada, ver Enrique V. Iglesias, Desarrollo y Equidad: El Desafío de los Años Ochenta, en revista de la CEPAL N° 15, diciembre de 1981.

Para enfrentar la difícil situación de balance de pagos a que la llevara su abultado endeudamiento externo, la región se vio forzada a emprender dolorosos procesos de ajuste que duran ya tres años y han tenido graves implicaciones sociales y aún políticas. En lo económico, debieron comprimirse violentamente las importaciones, a fin de generar excedentes en el balance comercial que permitieran cumplir con el servicio de la deuda. Esto fue acompañado de una brusca contracción del gasto interno que en muchos casos provocó, además, una marcada declinación en los niveles de producción y empleo. De este modo, en 1984 el ingreso por habitante se redujo en 10 por ciento en comparación con 1980, retornando a los niveles alcanzados en 1976.

Sin embargo, y como consecuencia tal vez de la mayor capacidad de defensa de América Latina señalada más arriba, en 1984 se interrumpió la trayectoria descendente que venían mostrando los principales indicadores económicos. Se estima que ese año el producto interno bruto de América Latina aumentó 2,6 por ciento, luego de haber disminuido 1 por ciento en 1982 y algo más de 3 por ciento en 1983 (ver cuadro 1).

Lo anterior fue acompañado por un mejoramiento considerable del sector externo. En efecto, como resultado del notable esfuerzo de ajuste realizado en muchos países de la región y de la evolución más favorable que en 1984 tuvo el comercio mundial, América Latina logró reducir nuevamente el déficit de la cuenta corriente del balance de pagos. Dicho déficit, que entre 1982 y 1983 había disminuido de más de 40 mil millones de dólares a 9 mil millones, descendió a poco más de 3 mil millones de dólares en 1984. Esta nueva reducción se debió principalmente al aumento del superávit alcanzado en el comercio de bienes, el cual tras incrementarse de 9.700 millones de dólares en 1982 a 31.400 millones en 1983, subió a una cifra sin precedentes de 37.600 millones de dólares en 1984. Además, habiendo concluido prácticamente el proceso de compresión de importaciones, en 1984 este incremento obedeció exclusivamente al aumento de las exportaciones, cuyo valor se elevó en más de 9 por ciento.

La recuperación de las exportaciones permitió compensar con creces el efecto negativo generado en el saldo de la cuenta corriente por el alza de los pagos netos de utilidades e intereses, que alcanzaron a 37.300 millones de dólares en 1984, representando el 33,5 por ciento del valor de las exportaciones (proporción ligeramente más baja que las registradas en 1983 y 1982). Además, en 1984 repuntó también el ingreso neto de capitales, interrumpiéndose así su marcada tendencia restrictiva de los dos años anteriores. En efecto, después de caer desde un máximo histórico de 37.700 millones de dólares en 1981 a apenas 4.400 millones en 1983, estos flujos subieron a 10.600 millones de dólares en 1984.

Cuadro 1

AMERICA LATINA: PRINCIPALES INDICADORES ECONOMICOS^a

Conceptos	1975	1977	1979	1980	1981	1982	1983	1984 ^b
Producto interno bruto a precios de mercado (miles de millones de dólares de 1970)	257	285	318	330	341	338	327	336
Población (millones habtes.)	302	318	331	312	350	358	367	375
Producto interno bruto por habitante (dólares de 1970)	849	897	953	982	975	943	893	895
Ingreso nacional bruto por habitante (dólares de 1970)	848	898	951	985	962	912	860	858
TASAS DE CRECIMIENTO								
Producto interno bruto	3,6	5,1	6,5	5,6	1,7	-1,0	-3,1	2,6
Producto interno bruto por habitante	1,1	2,5	3,9	3,1	-0,7	-3,3	-5,3	0,2
Ingreso nacional bruto por habitante	-0,5	2,6	4,5	3,5	-2,3	-5,3	-5,7	-0,2
Precios al consumidor ^c	57,8	40,0	54,1	56,5	56,8	84,5	130,8	175,4
Relación de precios del intercambio de bienes	-13,5	6,1	4,1	3,3	-8,4	-9,0	-6,2	0,2
Valor corriente de las exportaciones de bienes	-7,8	19,3	34,6	29,4	7,3	-7,9	-0,2	9,3
Valor corriente de las importaciones de bienes	6,5	15,0	25,8	32,4	7,8	-19,9	-28,6	4,4
MILES DE MILLONES DE DOLARES								
Exportaciones de bienes	33,6	46,7	67,5	87,3	93,8	86,4	86,2	94,8
Importaciones de bienes	39,2	46,9	67,1	88,9	95,8	76,7	54,7	57,2
Saldo del comercio de bienes	-5,6	-0,2	0,4	-1,6	-2,0	9,7	31,4	37,6
Pagos netos de utilidades e intereses	5,6	8,2	13,7	18,0	27,7	37,6	34,5	37,3
Saldo de la cuenta corriente ^d	-14,0	-11,8	-19,6	-23,1	-40,6	-40,6	-9,0	-3,1
Movimiento neto de capitales ^e	14,2	17,0	28,6	29,7	37,8	19,2	4,4	10,6
Balance global ^f	0,2	5,2	9,0	1,6	-2,8	-21,4	-4,5	7,5
Deuda externa global bruta ^g	89,4	107,3	132,0	221,0	275,4	315,3	340,9	360,2

Fuente: CEPAL, sobre la base de cifras oficiales.

^aLas cifras correspondientes al producto, población e ingreso se refieren al conjunto formado por los países incluidos en el cuadro 2, excepto Cuba (19 países). Las de los precios al consumidor se refieren a esos 19 países más Barbados, Guyana, Jamaica y Trinidad y Tobago, excepto para el año 1982 y 1983 que excluye Guyana, y para 1984 que excluye Guatemala y Guyana. Los datos del sector externo corresponden a los 19 países mencionados anteriormente.

^bEstimaciones preliminares sujetas a revisión.

^cVariación de diciembre a diciembre.

^dIncluye transferencias unilaterales privadas netas.

^eIncluye capital a largo y corto plazo, transferencias unilaterales oficiales y errores y omisiones.

^fCorresponde a la variación de las reservas internacionales más los asientos de contrapartida.

^g1975/1977: incluye la deuda externa pública y privada con garantía oficial, más la deuda no garantizada de largo y corto plazo con instituciones financieras que proporcionan información al Banco de Pagos Internacionales. No se incluye la deuda con y sin garantía con otros bancos comerciales, ni tampoco los préstamos de proveedores sin garantía oficial 1978/1984. Ver notas del cuadro "América Latina: Deuda externa total desembolsada", que se incluye en el texto.

Con todo, la insuficiencia de esta recuperación se pone de manifiesto al considerar que el ingreso neto de capitales continuó siendo mucho más bajo que el monto de las remesas por concepto de intereses y utilidades. Por ende, en 1984 América Latina debió efectuar por tercer año consecutivo una cuantiosa transferencia neta de recursos hacia el exterior. Esa insuficiencia también se advierte en que el ingreso per cápita continuó declinando, las tasas de desocupación urbana continuaron elevándose y el ritmo de aumento de los precios se aceleró nuevamente, alcanzando magnitudes jamás antes registradas, al elevarse de 66 por ciento en 1983 a 145 por ciento en 1984.

Tras haber pasado revista a la situación actual de la economía latinoamericana cabe preguntarse por sus perspectivas futuras. Estas deben apreciarse dentro del cuadro de un complejo balance de elementos positivos y negativos.

Ya se mencionó entre los primeros, aunque con serias dudas, la reactivación experimentada por la economía mundial —especialmente por la de los Estados Unidos, entre 1983 y mediados del año pasado, a lo cual se deben agregar la favorable evolución que tuvieron las tasas internacionales de interés en los últimos meses del año pasado, aunque estas señales son aún precarias. Por el lado de América Latina, es necesario señalar que los acuerdos de reprogramación de la deuda externa negociados por muchos países de la región con el FMI y los bancos privados internacionales, los que ayudaron a controlar las situaciones más difíciles; el aumento de las reservas internacionales de varios países latinoamericanos y, sobre todo, el notable comportamiento de sus exportaciones. El esfuerzo realizado por los países de la región en tal sentido puede apreciarse si se considera que el valor promedio de sus exportaciones durante los primeros cuatro años del actual decenio —alrededor de us\$ 90 mil millones— sextuplicó el valor alcanzado por las mismas tan sólo diez años antes, es decir, en 1970 (ver cuadro 2).

Entre los elementos negativos cabe destacar la fuerte dependencia que muestran las economías latinoamericanas respecto de la recuperación de las economías industriales, la asimetría observable en el comportamiento de éstas, la incertidumbre que rodea a la evolución de las tasas de interés en el mediano plazo, la retracción de los créditos internacionales y los persistentes obstáculos levantados contra el acceso de los productos latinoamericanos a los mercados de los países desarrollados. De parte de América Latina, deben señalarse las restricciones impuestas al crecimiento de su economía por el elevado servicio de su deuda externa y por las políticas de ajuste que han debido emprender muchos países; el hecho de que éstos deban seguir transfiriendo recursos financieros hacia el exterior, como consecuencia de las altas tasas de interés predominantes y del descenso del ingreso neto de capitales hacia la región, así como tam-

Cuadro 2

AMERICA LATINA: EXPORTACION DE BIENES

(Indices: 1970 = 100 y tasas de crecimiento)

País	Valor				Valor unitario				Cuántum			
	Indice	Tasas de crecimiento			Indice	Tasas de crecimiento			Indice	Tasas de crecimiento		
	1984 ^a	1982	1983	1984 ^a	1984 ^a	1982	1983	1984 ^a	1984 ^a	1982	1983	1984 ^a
América Latina	692	-7,9	-0,2	9,3	297	-10,3	-8,1	-0,5	233	2,7	8,6	9,8
Países exportadores												
de petróleo	843	-3,8	-4,1	6,0	443	-16,1	-10,3	-3,3	190	14,8	7,0	9,6
Bolivia	382	9,0	-3,6	3,8	429	-3,5	3,1	3,6	89	-5,7	-11,4	-7,3
Ecuador	1.060	-7,9	0,9	5,3	456	-7,7	-7,8	0,9	233	-0,2	9,5	4,4
México	1.743	10,7	0,7	5,7	334	-13,0	-10,5	-4,0	522	27,3	12,5	10,1
Perú	291	1,3	-3,4	-0,2	263	10,4	3,6	-9,5	111	13,1	-11,6	10,3
Venezuela	611	-18,2	-10,2	8,4	1.140	-7,8	-7,3	-3,0	54	-11,3	-3,2	11,9
Países no exportadores												
de petróleo	599	-12,0	4,0	13,9	230	-7,9	-4,9	-4,1	261	-2,4	9,3	9,4
Argentina	491	-16,6	2,8	11,1	253	-12,0	-7,4	4,0	194	-5,3	11,1	6,8
Brasil	984	-13,3	8,6	23,1	237	-7,2	-5,9	6,0	415	-6,6	15,4	16,1
Colombia	387	-0,1	-6,6	1,6	313	8,9	-4,0	8,3	124	-8,3	-2,7	-6,2
Costa Rica	417	-13,1	-2,3	13,3	259	-5,5	-2,2	6,7	161	-8,1	-0,1	6,1
Chile	330	-3,1	3,3	-4,1	126	-17,2	-0,1	-5,0	262	16,7	3,4	0,5
El Salvador	332	-11,8	4,0	7,1	285	4,8	-5,5	3,3	417	-15,8	10,0	3,7
Guatemala	386	-7,6	-9,0	4,9	223	-7,7	-12,8	3,4	173	0,0	4,4	1,6
Haití	510	15,5	2,7	11,1	274	1,0	-4,1	5,0	186	14,4	7,2	6,2
Honduras	417	-13,7	2,6	6,9	267	-4,0	-2,0	-0,4	156	-10,0	4,8	7,2
Nicaragua	240	-20,1	5,5	0,1	204	-6,0	-9,6	7,4	118	-15,0	16,7	-6,6
Panamá	193	0,4	-8,1	-20,9	236	-15,1	0,6	-5,0	82	13,3	-8,6	-16,6
Paraguay	582	-0,6	-17,7	16,4	268	-12,7	-9,3	5,0	217	13,9	-9,2	10,9
Rep. Dominicana	417	-35,4	2,0	13,9	259	-30,0	6,9	4,1	161	-7,7	-4,6	9,4
Uruguay	445	2,2	-7,9	-13,9	234	-6,5	-7,3	0,6	190	9,3	-0,6	-14,4

Fuente: CEPAL, sobre la base de cifras oficiales.

^aEstimaciones preliminares sujetas a revisión.

bién el comportamiento altamente desfavorable de los términos del intercambio, que desde un punto de vista histórico han permanecido en niveles anormalmente bajos, frustrando considerablemente la posibilidad de que el gran esfuerzo exportador realizado por los países de la región durante los últimos años se traduzca en un incremento equivalente del valor de sus exportaciones (ver cuadro 3)³.

3. *¿Qué hacer para reanudar el desarrollo de América Latina?*

Las posibilidades de que América Latina supere los graves problemas creados por su deuda externa y pueda retomar el camino de su desarrollo económico, adaptándolo a las nuevas circunstancias, dependerá en gran medida del ambiente económico internacional que prevalezca en los próximos años y, muy particularmente, de lo que ocurra en los Estados Unidos. Ya se han señalado algunos de los logros y limitaciones a que ha conducido la política del Presidente Reagan. Pero ese balance se efectuó en gran medida de acuerdo con los criterios utilizados actualmente por los propios Estados Unidos. Incluso los objetivos más favorables a los intereses de los países en desarrollo dentro de esa política, como el abatimiento de la inflación, la estabilización de los mercados financieros internacionales y la resistencia a adoptar nuevas medidas proteccionistas, responden fundamentalmente a una estrategia orientada a controlar la crisis más que a introducir los cambios estructurales necesarios para hacer posible un funcionamiento dinámico y estable de la economía mundial a largo plazo. "Si esos criterios incluyeran el énfasis en el valor del orden mundial y de las soluciones comunitarias, la reducción de las tensiones internacionales, el fortalecimiento de la capacidad de los Estados Unidos para acomodarse a un mundo políticamente más pluralista, la reanudación de un fuerte proceso de crecimiento económico y el mejoramiento del bienestar de los grupos más pobres en los países en desarrollo, el balance sería más duro" (John W. Sewell y otros, *US Foreign Policy and the Third World: Agenda 1985-1986*, Overseas Development Council, 1985, página 13).

El impacto de la política de Reagan sobre la recesión mundial dio lugar a una economía internacional mucho menos integrada que en el reciente pasado. La coordinación entre las políticas de los países industrializados se relajó considerablemente; la reactivación insinuada en los Estados Unidos no se transmitió a sus principales aliados; continuaron las prácticas restrictivas del comercio y la tendencia hacia un comercio administrado; la estabilidad de los mercados financieros internacionales fue amenazada por el abultado

³Las informaciones sobre la coyuntura están tomadas principalmente del Balance Preliminar de la Economía Latinoamericana en 1984, CEPAL, enero de 1985.

Cuadro 3

AMERICA LATINA: RELACION DE PRECIOS DEL INTERCAMBIO
DE BIENES

(Indices: 1970 = 100 y tasas de crecimiento)

País	Indices				Tasas de crecimiento				Tasas acumuladas	
	1975	1980	1983	1984 ^a	1981	1982	1983	1984 ^a	1979 1980	1981/ 1984 ^a
América Latina	114	121	95	95	-8,4	-9,0	-6,2	0,2	7,0	-21,7
Países exportadores de petróleo	188	235	175	166	-5,7	-16,0	-6,4	-4,6	40,8	-29,3
Bolivia	111	139	139	138	-5,0	-1,0	6,6	0,9	15,7	-0,6
Ecuador	162	239	185	188	-10,0	-7,7	-6,8	1,7	36,7	-21,3
México	106	164	129	120	-1,0	-18,0	-3,4	-6,8	37,9	-26,8
Perú	101	130	95	82	-17,6	-12,1	0,2	-13,3	50,6	-37,1
Venezuela	340	511	185	470	-1,0	-2,2	-1,9	-3,2	63,8	-8,0
Países no exportadores de petróleo	83	76	63	66	-14,4	-4,9	0,8	4,5	-13,7	-14,3
Argentina	99	93	79	81	-4,7	-7,5	-3,2	2,4	17,2	-12,6
Brasil	85	66	53	58	-16,6	-3,8	0,2	8,8	-23,7	-12,5
Colombia	82	126	114	121	22,5	13,9	2,3	6,3	16,2	-3,9
Costa Rica	77	94	69	70	-14,3	-10,2	-1,9	2,0	-5,0	-25,3
Chile	52	47	37	34	-21,0	-10,4	7,8	-7,4	-4,1	-28,0
El Salvador	87	103	83	83	-12,6	-0,8	-7,1	0,4	-22,6	-19,1
Guatemala	69	92	62	62	-8,2	-13,2	-15,6	-0,6	-19,2	-33,3
Haití	92	98	78	78	-9,4	-5,8	-6,6	0,0	-12,9	-20,2
Honduras	91	105	86	85	-13,0	-5,0	-1,0	-0,8	-7,1	-18,9
Nicaragua	79	78	54	57	-11,3	-10,7	-13,0	6,5	-19,6	-26,6
Panamá	109	72	57	53	-0,1	-19,0	-1,0	-8,4	-2,5	-26,7
Paraguay	104	96	80	81	4,6	-15,8	-5,3	0,9	-22,1	-15,9
República Dominicana	148	101	78	81	3,6	-31,5	8,6	4,0	19,0	-19,8
Uruguay	74	80	72	73	-11,7	0,6	1,3	1,8	-5,7	-8,4

Fuente: CEPAL, sobre la base de cifras oficiales.

^aEstimaciones preliminares sujetas a revisión.

endeudamiento externo de los países en desarrollo y éstos perdieron el acceso que habían logrado a esos mercados; estos países tuvieron que adoptar políticas comerciales y cambiarias mucho más restrictivas que en el pasado y, en general, se debilitó la incipiente vinculación alcanzada entre los países industrializados del Norte y los países en desarrollo del Sur. Esta progresiva desvinculación entre ambos grupos de países contradice los objetivos tradicionales de la política exterior de los Estados Unidos consistentes en integrar a los países en desarrollo dentro de la economía mundial en la medida de lo posible.

Los países industrializados en general, y los Estados Unidos en particular deberían contemplar al menos las siguientes posibilidades si desean crear un clima más favorable a la recuperación y el desarrollo de los países del Tercer Mundo —entre ellos, los latinoamericanos.

—“Si el gobierno federal es malo, un gobierno internacional es diez veces peor”, declaró recientemente un funcionario de la Casa Blanca. Mientras la Administración norteamericana continúe desconfiando en la acción colectiva como un medio para armonizar las relaciones económicas internacionales, y ya sea voluntariamente u obligados por los Estados Unidos, los demás países industrializados sigan el mismo camino, habrá pocas perspectivas de que las aspiraciones de los países en desarrollo sean tomadas en cuenta en las decisiones que día a día influyen en la estructuración de la economía internacional y de que el diálogo Norte-Sur se reanude en términos efectivos.

—La consolidación y extensión de la recuperación económica de los países industrializados continuará siendo fundamental para mejorar el contexto externo de los esfuerzos de ajuste y de las políticas de desarrollo de los países latinoamericanos.

Sin embargo, esa recuperación sólo contribuirá al fortalecimiento de las economías latinoamericanas en la medida en que venga acompañada por un aumento del comercio internacional, una mayor apertura de los mercados de los países industriales, la reducción de las tasas de interés y la recuperación de los términos del intercambio.

—En general los países industrializados, especialmente los Estados Unidos, han procurado hasta ahora transferir todo el peso del servicio de la deuda y el costo adicional de sus reprogramaciones a los países endeudados. Para ello, al menos oficialmente, han insistido en que las negociaciones respectivas deben realizarse exclusivamente entre los deudores y la banca acreedora. Esta actitud no hace justicia a la complejidad de los factores que condujeron al elevado grado de endeudamiento externo de esos países ni exige su cuota de responsabilidad a cada una de las partes involucradas. Para

ofrecer a los países endeudados una salida realista a mediano plazo será necesario avanzar hacia nuevas formas de renegociación de la deuda externa orientadas a reducir el monto del servicio de ésta a niveles compatibles con el logro de tasas de crecimiento económico adecuadas; asegurar que en esas negociaciones participe la totalidad de los actores que han tenido una responsabilidad en el problema, incluyendo no sólo a las naciones deudoras y a la banca acreedora, sino también a los gobiernos de los países industrializados y a los organismos financieros internacionales actuando no sólo como representantes de ellos sino como verdaderos supervisores de la estabilidad del sistema internacional a largo plazo; una política más activa por parte de las instituciones financieras internacionales de carácter público y multilateral, no sólo en términos del volumen de los recursos canalizados a través de esos organismos sino también de sus modalidades de acción y de la adecuación de sus prioridades a los requerimientos del desarrollo de los países necesitados; el desempeño de un papel más importante por parte de la inversión extranjera directa, lo que no significa regresar a épocas en que tendió a radicarse en los países considerando exclusivamente su rentabilidad, sin prestar atención a las necesidades del desarrollo de los países receptores y, en general, un manejo de la economía internacional que facilite un mayor grado de concertación entre las diversas economías nacionales y tome en cuenta la importancia que los países en desarrollo han adquirido para aquella⁴.

Las acciones que deberían emprender los países latinoamericanos para pasar de la administración de la crisis a la promoción del desarrollo, en medio de tan disímiles situaciones y políticas, excede las posibilidades de este ensayo, a pesar de su énfasis en el mediano plazo. Pero cabe pensar que algunas de ellas deberían enmarcarse dentro de los siguientes lineamientos:

— Procurar que la reprogramación de su deuda externa se escale dentro de un horizonte de tiempo más largo, y que en su negociación asuman sus responsabilidades todas las partes involucradas, de conformidad con las sugerencias formuladas más arriba.

— Pasar gradualmente, y conforme las modalidades que adopte la reprogramación de su deuda lo permitan, de las políticas de ajuste recesivas seguidas en los últimos dos años a políticas que permitan compatibilizar mejor los objetivos del ajuste con los del crecimiento económico.

— Mejorar la calidad y la coherencia de las políticas económicas

⁴La contracción económica de los países en desarrollo durante los dos años precedentes a la última gran recesión —países que representan alrededor del 40% de las ventas de los Estados Unidos al exterior— costó a este país más de 18 mil millones de dólares en ingresos por exportaciones, un millón de trabajos en industrias de exportación y 10 mil millones de dólares por concepto de ingresos que dejaron de percibir firmas controladas por los Estados Unidos (John W. Sewell, op. cit., p. 10).

internas, recuperando un mayor margen de maniobra en la formulación y aplicación de las mismas frente a las presiones del contexto externo, y volviendo a colocar en la base de ellas algunas preocupaciones relacionadas con el desarrollo, el crecimiento, la modernización de los sectores productivos y la expansión de las exportaciones.

—Proponer como motor del crecimiento económico una nueva estructura industrial que supere las limitaciones del patrón de industrialización que prevaleció en el pasado y se encamine hacia la construcción de un perfil industrial más autónomo, mejor integrado con la base de recursos naturales con que cuenta el país, que asigne su debida importancia a la satisfacción de las necesidades del consumo popular, capaz de incorporar en forma selectiva las nuevas tecnologías, sectorialmente más integrado y más flexible y, por lo tanto, más capaz de exportar productos no tradicionales y de penetrar en los mercados internacionales.

Los elementos positivos con que cuenta la región para hacer frente a la crisis y reanudar su proceso de desarrollo se han visto fortalecidos por la creciente capacidad de diálogo de que han dado muestra los países durante los últimos dos años. En efecto, ese breve período fue suficiente para preparar las reuniones de Quito, Cartagena y Mar del Plata y para asegurar la materialización de sus acuerdos a través de encuentros o mecanismos apropiados. Esto contrasta con lo ocurrido durante los diez años anteriores, en que predominaron planteos estrictamente bilaterales. Es de esperar que esta mayor capacidad de consulta y coordinación a nivel regional logre volcar el peso político de los gobiernos latinoamericanos detrás de los planteamientos efectuados hasta ahora a fin de mejorar los procesos de renegociación de la deuda externa y, sobre todo, que estas consultas se extiendan también a objetivos de más largo plazo vinculados con la reanudación del desarrollo.

La tarea más importante es esta última. El mundo se está transformando en forma acelerada. Es necesario conocer los escenarios en que deberá insertarse América Latina a la salida de la crisis y prepararse para vivir en ellos. A pesar de que los informes que nos llegan desde el exterior sobre las perspectivas inmediatas de la economía internacional son contradictorios, no es imposible vislumbrar los lineamientos de acuerdo con los cuales se están reestructurando las economías y las sociedades industrializadas en el más largo plazo, lo cual plantea grandes desafíos a los países latinoamericanos. Por eso, "el futuro está claro", pero no es fácil navegar en esa dirección porque, desgraciadamente, "el presente es imprevisible"⁵.

⁵Pedro Lastra, Carta de Navegación. En Noticias del Extranjero, México, 1969.